

MARIE POUVET®

A woman with blonde hair in a bun, wearing a black dress and a patterned shawl, stands in a church aisle. She is looking at a portrait of a woman on an altar. The altar is decorated with white flowers and lit candles. The church has a large cross on the wall and stained glass windows. The scene is dimly lit, with warm light from the candles.

EL
FUNERAL
EQUIVOCADO

EL FUNERAL EQUIVOCADO

Marie Pouvet®

© 2026 Marie Pouvet®. Todos los derechos reservados.

Esta obra es de ficción. Los personajes, situaciones y acontecimientos que aparecen en ella son ficticios. Cualquier semejanza con personas o hechos reales es mera coincidencia.

Edición digital gratuita.
Queda prohibida su comercialización o modificación sin autorización escrita de la autora.

Marie Pouvet® es una marca registrada.

LA ESQUELA

La esquila llegó un martes por la mañana, mezclada con dos facturas, publicidad de una compañía de seguros y una carta del ayuntamiento que llevaba tres semanas evitando abrir.

No tenía remitente.

El sobre era grueso, de color marfil, y su nombre estaba escrito a mano con una caligrafía impecable. Lo abrió mientras esperaba que terminara de hacerse el café.

Dentro había una sola tarjeta. Leyó su nombre. Volvió a leerlo.

Debajo figuraban sus dos apellidos, su fecha de nacimiento y una fotografía tomada hacía unos cinco años. No recordaba aquella imagen, pero era indiscutiblemente ella.

Más abajo, una fecha. La del día anterior.

Y después:

"Sus familiares y amigos ruegan una oración por su alma y comunican que la ceremonia de despedida tendrá lugar hoy, a las diecisiete horas."

Durante unos segundos permaneció inmóvil, con la tarjeta entre los dedos.

Después miró el reloj de la cocina.

Las nueve y doce.

Tenía casi ocho horas para decidir si asistir a su propio funeral.

Dejó la esquila sobre la mesa y sirvió el café.

Lo primero que pensó fue que se trataba de una broma. Lo segundo, que era una broma demasiado elaborada. Alguien había elegido el papel, conseguido aquella fotografía, averiguado su fecha de nacimiento y pagado una impresión profesional para comunicar una muerte que no había ocurrido.

La suya.

Cogió el teléfono.

No había llamadas perdidas. Ningún mensaje extraño. Ninguna avalancha de condolencias. Nada.

Buscó el nombre de la iglesia indicada en la tarjeta. Existía. Estaba a poco más de cuarenta kilómetros y, según su página, celebraba ceremonias fúnebres.

Marcó el número.

Una mujer respondió al tercer tono.

—Buenos días. Quería confirmar una ceremonia prevista para esta tarde.

—¿El nombre del fallecido?

Pronunciar su propio nombre produjo una sensación difícil de describir.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado.

—Sí. A las cinco.

La mujer lo dijo con absoluta normalidad.

—¿Está segura?

—Un momento.

Oyó papeles, un teclado, después nuevamente la voz.

—Sí, señora. A las diecisiete horas. Está confirmado.

—¿Quién la solicitó?

Esta vez el silencio fue distinto.

—Lo siento. No puedo facilitarle esa información.

—Comprendo.

Colgó. El café se había enfriado. Hasta ese momento todavía había una parte de ella que esperaba descubrir una equivocación. Otra mujer con su mismo nombre. Una imprenta que había mezclado fotografías. Una coincidencia absurda capaz de explicarse con una llamada.

Pero no había ninguna equivocación. A las cinco de aquella tarde alguien iba a celebrar su funeral.

Y ella pensaba asistir.

LA CEREMONIA

A las cuatro y veinte salió de casa.

Había dedicado buena parte del día a intentar encontrar una explicación razonable y había fracasado. Nadie de su entorno parecía saber nada. Dos llamadas hechas con cualquier pretexto le habían bastado para comprobar que su muerte no circulaba entre familiares ni amigos.

Eso resultaba casi más inquietante.

Si alguien pretendía hacerla pasar por muerta, ¿ante quién?

Llegó a la iglesia a las cuatro y cincuenta y tres. Aparcó lejos de la entrada y permaneció unos minutos dentro del coche.

Había gente. No demasiada. Quizá treinta personas.

Las observó subir lentamente los escalones. Reconoció a tres.

Una antigua compañera de trabajo a la que no veía desde hacía más de diez años. El propietario de la primera casa que había alquilado al llegar a la ciudad. Y un hombre que durante algún tiempo había llevado la contabilidad de su pequeño negocio.

Aquello eliminaba definitivamente la posibilidad de una coincidencia.

Los tres la conocían. Pero ninguno formaba parte de su vida actual. Esperó. A las cinco en punto las puertas se cerraron. Bajó del coche.

No sabía exactamente qué iba a hacer cuando entrara. Podía detener la ceremonia, llamar a la policía o simplemente plantarse en mitad del pasillo y esperar que alguien explicara

por qué había organizado un funeral para una mujer que todavía respiraba.

Sin embargo, cuando abrió discretamente una de las puertas laterales, hizo algo diferente. Se quedó al fondo.

La iglesia estaba iluminada por decenas de velas. Frente al altar, rodeado de flores blancas, había un féretro cerrado.

Y sobre un caballete, su fotografía. La misma de la esquila.

Sintió entonces algo que no había sentido durante toda la mañana. Miedo. No por el ataúd sino por la precisión.

Alguien había preparado aquello con tiempo, dinero y conocimiento suficiente de su pasado para reunir en una misma iglesia a personas que pertenecían a distintas etapas de su vida.

El sacerdote hablaba. Escuchó su nombre. Después oyó una fecha, una ciudad y el nombre de sus padres.

Todo correcto.

Se sentó en el último banco. Una mujer se levantó para hablar.

La reconoció después de unos segundos. Habían trabajado juntas durante apenas seis meses hacía casi veinte años.

Contó una anécdota verdadera. Luego otra.

La protagonista comenzó a preguntarse quién podía haberla localizado después de tanto tiempo.

El siguiente en acercarse al atril fue el antiguo contable.

Habló de su carácter, de su obstinación, de cierta incapacidad para aceptar un no por respuesta. Algunas personas sonrieron.

Ella también habría sonreído en otras circunstancias.

Entonces el hombre dijo algo que borró cualquier posibilidad de hacerlo.

—Después de la muerte de su hermana, nunca volvió a ser la misma.

Levantó la cabeza. No tenía ninguna hermana. El hombre continuó hablando como si nada.

Describió un duelo que jamás había vivido, una casa familiar que nunca había existido y un viaje que supuestamente había realizado para recuperarse de aquella pérdida.

Ella miró alrededor. Nadie parecía sorprendido. Una mujer de la primera fila incluso asintió.

Cuando el relato terminó subió otra persona. Esta vez era un desconocido.

—La conocí durante los últimos años de su vida —comenzó.

Ella se inclinó ligeramente hacia delante.

El hombre habló de encuentros, conversaciones y decisiones que jamás habían ocurrido. Pero entre aquellas mentiras deslizó un dato que nadie debía conocer. Una dirección.

La de un apartamento que había alquilado durante seis meses muchos años atrás y que nunca había figurado como domicilio oficial. Sintió un escalofrío. Entonces comprendió que aquello no era una colección de errores.

Todas aquellas falsedades estaban colocadas entre verdades cuidadosamente escogidas.

Alguien no estaba despidiéndola. Estaba fabricando una vida nueva para ella.

Y, sentada dos filas delante, una mujer volvió lentamente la cabeza. Sus miradas se encontraron. No hubo sorpresa en su rostro. Solo reconocimiento.

Aquella mujer sabía que la muerta estaba sentada al fondo de la iglesia.

LA MUJER DE LA SEGUNDA FILA

La mujer sostuvo su mirada durante apenas unos segundos.

Después volvió la cabeza hacia el altar.

No hizo ningún gesto tampoco pareció inquieta. Ni siquiera miró hacia la puerta para comprobar si alguien más había advertido la presencia de la supuesta difunta.

Aquella serenidad resultó más perturbadora que cualquier reacción de sorpresa. La protagonista permaneció sentada.

Ya no tenía intención de interrumpir la ceremonia. Quería saber hasta dónde llegaba aquello.

El siguiente hombre que habló no le resultaba familiar. Dijo haberla conocido durante un viaje a Viena. Describió cenas, conciertos y largas conversaciones en un pequeño hotel próximo al centro.

Nunca había estado en Viena. Sin embargo, el nombre del hotel sí le era conocido.

Lo había mencionado una vez, muchos años atrás, en una carta que jamás llegó a enviar. Aquello cambió todo.

Hasta entonces alguien podía haber investigado registros, localizado antiguos conocidos, reconstruido domicilios o comprado información. Pero una carta no enviada pertenecía a otro territorio.

La había escrito a mano. La había guardado. Y después la había olvidado. Intentó recordar dónde.

El sacerdote retomó la palabra. La ceremonia se acercaba al final.

La mujer de la segunda fila se levantó. No caminó hacia el atril. Salió por uno de los laterales.

La protagonista esperó unos segundos y fue tras ella.

Atravesó una pequeña puerta y llegó a un corredor de piedra que desembocaba en el patio interior de la iglesia.

La mujer estaba allí. Esperándola.

Tendría unos sesenta años. Vestía de gris oscuro y llevaba el cabello recogido. No parecía nerviosa.

—Ha tardado bastante —dijo.

—¿En llegar?

—En comprender que debía seguirme.

La protagonista cerró la puerta detrás de sí.

—¿Quién es usted?

—Eso importa menos de lo que cree.

—Hay un ataúd ahí dentro con mi fotografía encima.

—El ataúd está vacío.

—Qué alivio.

La mujer sonrió apenas.

—Esperaba que conservara el sentido del humor.

—Yo esperaba no asistir nunca a mi propio funeral. Parece que ambas hemos tenido una mañana llena de sorpresas.

La desconocida la observó con atención.

—Podría haber interrumpido la ceremonia.

—Podría.

—¿Por qué no lo hizo?

—Porque alguien se ha tomado demasiadas molestias. Quería saber para qué.

La mujer asintió.

—Por eso está usted aquí.

—Estoy aquí porque me enviaron una esquela.

—Exactamente.

Por primera vez desde que había entrado en la iglesia, la protagonista sintió que una pieza encajaba.

—Querían que viniera.

—Sí.

—Entonces nadie cree realmente que he muerto.

—Algunos de los que están ahí dentro, sí.

Miró hacia la puerta.

—¿Los que han hablado?

—Algunos recibieron información falsa. Otros recibieron dinero. Otros creen recordar cosas que jamás sucedieron.

—Eso es imposible.

—No. Es extraordinariamente fácil.

La respuesta fue inmediata.

—Si una persona recibe suficientes detalles verdaderos, deja de comprobar los falsos. Un nombre correcto, una fecha, una fotografía, dos recuerdos compartidos. Después se introduce

una pequeña modificación. Más tarde otra. Cuando alguien escucha la misma versión repetida por varias personas, empieza a dudar incluso de su propia memoria.

—¿Para qué?

La mujer no respondió.

—¿Quién organizó esto?

—Antes necesito enseñarle algo.

—No necesito ver nada. Necesito un nombre.

—Lo tendrá.

La mujer abrió una puerta al final del corredor.

Detrás había una habitación pequeña. Una mesa, dos sillas y varias cajas de cartón.

Sobre la mesa descansaba una carpeta.

La protagonista no entró.

—¿También forma parte del espectáculo?

—No hay espectáculo.

—Hay treinta personas despidiendo a una mujer viva.

—Hay treinta personas demostrando algo.

—¿Qué?

La mujer abrió la carpeta.

Sacó varias hojas y las colocó sobre la mesa.

—Que una vida puede reescribirse con una facilidad aterradora.

La protagonista se acercó.

La primera hoja era una copia de su partida de nacimiento.

La segunda contenía información bancaria.

La tercera, fotografías.

Algunas eran suyas.

Otras mostraban a una mujer que se le parecía vagamente.

Después aparecieron cartas.

Reconoció su letra.

Y entonces encontró la del hotel de Viena.

La tomó entre las manos.

Era la carta que nunca había enviado.

—¿De dónde sacó esto?

La mujer señaló una de las cajas.

—De una casa que usted vació hace diecisiete años.

—Eso no es posible.

—Dejó libros, documentos y varios objetos personales. La empresa encargada de retirar lo que quedaba no destruyó todo.

—¿Y usted compró mis papeles?

—Yo no.

La protagonista dejó la carta sobre la mesa.

—Dígame quién.

La mujer cerró la carpeta.

—Hace ocho meses alguien empezó a reconstruir su vida.

—¿Por qué?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Nosotros?

La desconocida comprendió inmediatamente la pregunta.

—Sí. Nosotros.

—¿Quiénes son ustedes?

—Personas que intentan averiguar por qué alguien necesita que usted haya vivido una vida distinta antes de morir.

La protagonista miró hacia la iglesia.

—Pero no estoy muerta.

La mujer guardó silencio.

Entonces comprendió que aquella frase no tranquilizaba a nadie.

—Todavía —dijo.

La desconocida negó lentamente con la cabeza.

—No. Ese es precisamente el error que queríamos que cometiera.

—¿Qué error?

—Pensar que todo esto trata de matarla.

La protagonista volvió a mirar la fotografía que descansaba sobre la carpeta.

—Entonces ¿de qué trata?

La mujer abrió nuevamente la carpeta y extrajo el último documento.

Lo dejó frente a ella. Era un certificado de defunción. Llevaba su nombre. Su fecha de nacimiento. Y una fecha de muerte. No era la del día anterior. Faltaban seis meses.

—No quieren matarla —dijo la mujer—. Quieren que dentro de seis meses usted pueda demostrar que sigue viva.

La protagonista levantó los ojos.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Lo tendrá.

La mujer señaló las cajas.

—Porque cuando llegue ese día, alguien más estará viviendo con su nombre.

EL NOMBRE PRESTADO

Durante unos segundos no dijo nada. La frase permaneció entre ambas con una sencillez casi ofensiva.

—¿Alguien más estará viviendo con mi nombre?

—Ya lo está.

—Acaba de decir dentro de seis meses.

—Dentro de seis meses habrá terminado de convertirse en usted.

La protagonista apartó la silla y se sentó.

—Empiece de nuevo.

La mujer ocupó la silla de enfrente.

—Hace ocho meses detectamos una solicitud de copia de una partida de nacimiento. La suya. No tenía nada de extraordinario. Semanas después aparecieron consultas sobre propiedades antiguas, domicilios, actividad profesional y registros que llevaban años sin movimiento. Tampoco era suficiente para despertar sospechas. Por separado, cada cosa tenía una explicación posible.

—Pero juntas no.

—Exactamente.

—¿Quién hizo esas consultas?

—Personas distintas.

—Entonces ¿cómo saben que están relacionadas?

—Porque todas conducían a usted.

La protagonista miró las cajas.

—¿Y la mujer de las fotografías?

—Existe.

—¿Quién es?

—No lo sabemos.

—¿Se parece a mí?

—Lo suficiente.

—Eso no convierte a nadie en otra persona.

—No. Para eso hace falta mucho más.

La mujer abrió otra carpeta.

Había recibos, copias de documentos, fotografías de edificios, nombres de personas y una cronología minuciosa.

—Quien está haciendo esto no pretende copiar su aspecto. Está construyendo con precisión antecedentes. Lugares donde supuestamente vivió, personas que aseguran haberla conocido, acontecimientos que empiezan a formar parte de su biografía.

—Como mi hermana inexistente.

—Como su hermana inexistente.

—Viena.

—También.

—¿Por qué inventar cosas? Si quieren sustituirme, sería más sencillo copiar mi vida verdadera.

—Porque una copia exacta siempre depende del original. Una vida parcialmente modificada permite explicar cualquier contradicción futura.

La protagonista comenzó a comprender.

—Si alguien dice que yo nunca viví en determinado lugar...

—Habrá otros que aseguren que sí.

—Si niego conocer a una persona...

—Esa persona tendrá fotografías, mensajes o recuerdos que contradigan su versión.

—¿Mensajes falsos?

—Probablemente.

—¿Fotografías falsas?

—Algunas.

—¿Y los recuerdos?

La mujer se encogió ligeramente de hombros.

—Ha visto lo ocurrido ahí dentro. No hace falta fabricar todos los recuerdos. A veces basta con sugerirlos.

Desde la iglesia llegó el sonido amortiguado del órgano.

La ceremonia había terminado.

—¿Y el funeral?

—Necesitábamos comprobar cuánto habían avanzado.

—¿Organizaron todo esto ustedes?

—Sí.

La protagonista se levantó de golpe.

—¿Ustedes enviaron mi esquila?

—Sí.

—¿Reunieron a esas personas?

—Sí.

—¿Pusieron mi fotografía encima de un ataúd?

—Sí.

—¿Y no se les ocurrió una forma menos grotesca de pedirme una conversación?

—Si le hubiéramos telefoneado para decirle que alguien estaba apropiándose de su identidad, habría hecho exactamente lo que hace cualquier persona razonable.

—Ir a la policía.

—Y habría llevado consigo sus documentos para demostrar quién es.

—Naturalmente.

—Documentos cuya fiabilidad precisamente necesitamos comprobar.

La protagonista volvió a sentarse.

—¿Quiénes son ustedes?

La mujer tardó unos segundos en responder.

—Trabajo para una empresa que investiga fraudes de identidad complejos.

—¿Quién la contrató?

—Ese es el problema.

—No me diga que tampoco lo sabe.

—Sabemos quién pagó.

—No he preguntado eso.

—Y hace bien.

La mujer sacó un sobre pequeño del interior de la carpeta.

—El encargo llegó acompañado de suficiente documentación para demostrar que el caso existía. Nos pidieron localizarla, comprobar que seguía viva y determinar hasta dónde había avanzado la construcción de la otra identidad.

—¿Y no saben quién lo pidió?

—Utilizó intermediarios.

—¿Durante ocho meses no pudieron averiguarlo?

—Durante ocho meses pensamos que averiguarlo era secundario.

—¿Y ahora?

La mujer deslizó el sobre hacia ella.

—Ahora sabemos que no lo es.

Dentro había una fotografía.

La protagonista la sacó.

Estaba tomada desde cierta distancia. Mostraba a una mujer saliendo de un edificio. Llevaba gafas oscuras, el cabello recogido y un abrigo claro.

No era idéntica.

Pero podía comprender por qué alguien que no la conociera bien podría confundirlas. Dio vuelta la fotografía. En el reverso había una fecha de hacía tres semanas y una dirección.

—¿Qué lugar es?

—Una notaría.

—¿Qué hizo allí?

—Firmó un documento.

—¿Con mi nombre?

—Sí.

—Entonces ya ha cometido un delito. ¿Por qué no la detienen?

—Porque el documento que firmó no pertenecía a usted.

La protagonista frunció el ceño.

—No entiendo.

—Era un testamento.

—¿El mío?

—No.

La mujer sacó una segunda fotografía.

Mostraba a un hombre anciano entrando en el mismo edificio.

—Murió hace nueve días.

—¿Quién era?

—Un hombre con una fortuna considerable y sin descendencia directa.

—¿Y qué tengo yo que ver?

—Nada.

La respuesta llegó demasiado deprisa.

—Entonces ¿por qué alguien utilizó mi nombre?

—Eso intentábamos averiguar.

—¿Intentábamos?

La mujer respiró profundamente.

—El testamento se abrió ayer.

—El día de mi supuesta muerte.

—Sí.

—¿Y?

La mujer la miró fijamente.

—Usted es la heredera universal.

La protagonista soltó una breve risa.

No porque aquello tuviera gracia, sino porque su cabeza había dejado de encontrar respuestas adecuadas.

—De un hombre al que no conozco.

—Exactamente.

—Y otra mujer firmó documentos utilizando mi nombre.

—Sí.

—¿Cuánto dinero?

—Mucho.

—Eso no es una cifra.

—Treinta y dos millones de euros entre bienes, inversiones y propiedades.

El órgano dejó de sonar.

En el silencio de la pequeña habitación, la cifra pareció todavía más absurda.

—Treinta y dos millones.

—Aproximadamente.

La protagonista dejó la fotografía sobre la mesa.

—Entonces ya sabemos por qué quieren ser yo.

—No.

La mujer negó lentamente con la cabeza.

—Eso es lo que pensamos ayer.

—¿Y qué piensan hoy?

—Que los treinta y dos millones son el cebo.

—¿Para quién?

—Para usted.

La protagonista la observó.

—¿Pretende decirme que alguien ha fabricado otra mujer con mi identidad, ha inventado parte de mi vida, ha conseguido que un desconocido me deje una fortuna y después ha organizado todo para que yo venga a reclamarla?

—Nosotros organizamos el funeral.

—Ya lo sé.

—Pero quien inició todo lo demás sabía que terminaríamos encontrándola.

—¿Cómo puede saberlo?

La mujer señaló la esquila que todavía sobresalía del bolso de la protagonista.

—Porque esa tarjeta no la enviamos nosotros.

La protagonista quedó inmóvil.

—Usted acaba de decir que sí.

—Enviamos una esquila esta mañana.

—Yo recibí la mía a las nueve.

—La nuestra no pudo llegar antes del mediodía.

La protagonista sacó la tarjeta y la dejó sobre la mesa.

La mujer la tomó.

Por primera vez desde que se habían encontrado, perdió la serenidad.

—No es la nuestra.

—Entonces alguien sabía que ustedes iban a organizar mi funeral.

—Sí.

—Y quería asegurarse de que yo viniera.

La mujer miró hacia la puerta cerrada.

—Exactamente.

La protagonista siguió su mirada.

Al otro lado del corredor comenzaron a escucharse pasos.

No parecían dirigirse hacia la salida.

Se acercaban.

LA VISITA

Los pasos se detuvieron frente a la puerta.

La mujer guardó las fotografías dentro de la carpeta y levantó una mano para pedir silencio.

Llamaron dos veces.

—¿Esperaba a alguien? —preguntó la protagonista.

—No.

—Excelente. Por fin tenemos algo en común.

La puerta se abrió antes de que ninguna de las dos pudiera acercarse.

Era el antiguo contable.

El hombre que minutos antes había hablado de una hermana inexistente entró con absoluta tranquilidad. Cerró detrás de sí y miró primero a la investigadora y después a la mujer cuyo funeral acababa de abandonar.

—Me alegra verla viva —dijo.

—Después del discurso que ha pronunciado, no sé si agradecerlo.

El hombre sonrió.

—Lo de la hermana fue necesario.

—Especialmente para ella. Nunca había tenido una hasta esta tarde.

La investigadora se puso de pie.

—Usted debía marcharse con los demás.

—Ese era el plan.

—¿Qué ha cambiado?

El hombre miró la esquila sobre la mesa.

—Ella recibió la otra.

El silencio respondió por ambas.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la investigadora.

—Porque yo recibí una también.

Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un sobre marfil.

La protagonista reconoció inmediatamente la caligrafía.

—¿Qué decía?

El hombre le entregó la tarjeta.

No era una esquila.

Solo contenía una frase.

"Cuando la vea entrar, recuerde a la hermana."

Debajo figuraba la hora de la ceremonia.

—¿Por eso contó aquella historia?

—Sí.

—¿Sin saber para qué?

—Sabía que usted estaba viva. Me habían pedido participar en una ceremonia preparada para comprobar determinadas informaciones falsas sobre su pasado. Supuse que lo de la hermana formaba parte de la prueba.

—¿Y no le pareció extraño recibir instrucciones de alguien distinto de quienes lo contrataron?

—Mucho.

—Pero obedeció.

—Porque quería ver qué ocurría.

La protagonista lo miró con incredulidad.

—Empiezo a pensar que estoy rodeada de personas con una relación muy peculiar con el peligro.

—Usted vino a su propio funeral.

No pudo discutirlo.

La investigadora tomó la tarjeta y la comparó con la esquila.

Mismo papel. Misma tinta. Misma caligrafía.

—Quien envió esto conocía toda la operación —dijo.

—O forma parte de ella —respondió el hombre.

—No.

La investigadora fue tajante.

—Solo cuatro personas conocíamos el lugar y la hora antes de ayer.

—Ahora son cinco —dijo la protagonista.

Nadie sonrió.

—¿Quiénes son las otras tres?

La investigadora cerró la carpeta.

—Mi director, la persona que coordinó a los asistentes y el cliente.

—Pensé que no sabían quién era el cliente.

—No conocemos su identidad real. Pero existe una persona de contacto.

—Quiero verla.

—No será posible.

—Treinta y dos millones de euros acaban de convertirme en heredera de un desconocido, otra mujer utiliza mi nombre y alguien sabía que hoy estaría aquí antes que ustedes mismos me avisaran. Creo que hemos superado la etapa de decirme qué es posible.

El antiguo contable se acercó a la ventana.

—Hay otra cosa.

—Naturalmente —respondió ella con ironía—. Empezaba a preocuparme que esto se volviera sencillo.

El hombre miró a la investigadora.

—La mujer de la fotografía está en la iglesia.

La protagonista se volvió hacia él.

—¿Qué mujer?

—La que está usando su nombre.

La investigadora palideció.

—Eso es imposible.

—Está sentada en la primera fila.

—Yo estaba al fondo. Habría visto si alguien se pareciera a mí.

—No estaba allí al principio.

El hombre señaló la puerta.

—Entró cuando usted salió.

La protagonista sintió que todas las piezas cambiaban de posición otra vez.

—¿Vestida de negro?

—Sí.

—¿Cabello recogido?

—Sí.

—¿La vio de cerca?

—Lo suficiente.

La investigadora abrió la puerta. El corredor estaba vacío. Los tres regresaron a la iglesia.

Quedaban pocas personas. Dos empleados retiraban discretamente algunas flores. El sacerdote hablaba junto a la sacristía con una pareja mayor.

La primera fila estaba vacía.

Sobre el asiento central había un sobre.

La protagonista caminó hacia él.

—No lo toque —dijo la investigadora.

—A estas alturas me parece una recomendación un poco tardía.

Lo tomó. Su nombre aparecía escrito en el frente. Dentro encontró una llave pequeña y una tarjeta. Esta vez no había ninguna frase enigmática.

Había una dirección. Y una hora. Las once de la mañana del día siguiente.

—¿Reconoce el lugar? —preguntó el contable.

La protagonista leyó nuevamente la dirección.

—Sí.

—¿Qué hay allí?

—Mi primera casa.

La investigadora la miró.

—¿La que vació hace diecisiete años?

—La misma.

—¿Quién vive allí ahora?

—No tengo idea.

La protagonista observó la llave. Era antigua. De latón oscuro. Y entonces recordó algo. Cuando había abandonado aquella casa, existían dos llaves de la puerta principal. Una la entregó al propietario. La otra nunca apareció. Durante años creyó haberla perdido durante la mudanza. La sostuvo frente a la luz. En uno de los lados había una pequeña marca. Una línea diagonal que ella misma había hecho con una lima para distinguirla de la otra.

—Esta llave era mía.

La investigadora se acercó.

—¿Está segura?

—La marqué yo.

—Entonces quien está detrás de todo esto posee objetos suyos desde hace diecisiete años.

—O los compró junto con las cajas.

—La llave no estaba en las cajas.

—¿Cómo puede saberlo?

—Porque tenemos el inventario completo.

La protagonista guardó la llave.

—Mañana a las once voy a esa casa.

—No irá sola.

—No he dicho que vaya a hacerlo.

El antiguo contable miró hacia el altar. El féretro seguía allí. Cerrado. Inmóvil.

—Antes de irnos —dijo—, creo que deberíamos comprobar una cosa.

Las dos mujeres siguieron su mirada.

—Nos dijeron que estaba vacío.

La investigadora respondió inmediatamente.

—Lo está.

—¿Lo comprobó usted?

No contestó. La protagonista caminó hacia el féretro.

Por primera vez desde que había entrado en la iglesia, no sintió miedo. Sintió irritación. Demasiadas personas sabían

cosas sobre su vida. Demasiadas decidían qué debía conocer y cuándo debía conocerlo. Se detuvo frente al ataúd.

—Ábralo.

La investigadora hizo una seña a uno de los empleados.

El hombre se acercó, desconcertado, y levantó la tapa.

No había ningún cuerpo. Solo una caja de madera. Pequeña.

La protagonista la reconoció antes de tocarla. Había pertenecido a su madre. La abrió.

Dentro encontró varias fotografías familiares, un reloj que creía perdido y un manojó de cartas atadas con una cinta.

Encima de todo había una nota. Esta vez reconoció la letra. No necesitó compararla con nada. La había visto durante toda su infancia. Era la letra de su padre. Desató la cinta.

La primera carta estaba fechada treinta y ocho años atrás.

Y comenzaba con una frase que convirtió los treinta y dos millones, la falsa heredera y el funeral entero en asuntos secundarios.

"Si alguna vez alguien viene a buscarte utilizando nuestro apellido, no le creas cuando diga que no tienes una hermana."

LA CARTA

La protagonista leyó la frase dos veces. Después una tercera.

La investigadora permaneció a su lado sin intentar mirar por encima de su hombro.

—¿Su padre sabía que tenía una hermana?

—Mi padre murió hace veintidós años.

—No he preguntado eso.

Ella levantó la vista.

—No tengo una hermana.

El antiguo contable señaló la carta.

—Parece que él pensaba otra cosa.

La protagonista volvió al papel. La letra era inconfundible. También lo era la forma de fechar las cartas, siempre con el nombre del mes escrito completo y una pequeña raya debajo del año. Continuó leyendo.

Su padre explicaba que, antes de que ella naciera, había existido otra niña. No utilizaba la palabra hija. Tampoco hermana. La llamaba siempre por un nombre: Clara.

Clara había vivido con sus padres durante algo más de dos años. Después había desaparecido de la familia. No había muerto. La protagonista dejó de leer.

—Esto es absurdo.

Ninguno de los otros dos respondió.

Buscó entre las fotografías de la caja.

Conocía casi todas. Su madre en un jardín. Sus padres recién casados. Una comida familiar. Una playa. Una Navidad.

Entonces encontró una que nunca había visto. Su madre sostenía a una niña pequeña. En el reverso había una fecha.

Tres años antes de su nacimiento. Y un nombre. Clara. Se sentó en el primer banco.

La ceremonia había terminado hacía apenas unos minutos, pero ahora la iglesia parecía completamente distinta. El funeral falso, el ataúd vacío y los treinta y dos millones seguían allí. Sin embargo, algo mucho más antiguo acababa de abrirse delante de ella.

—¿Por qué nunca me lo dijeron?

La investigadora tomó la carta que ella le ofrecía.

Leyó en silencio.

—Aquí hay más.

La protagonista asintió.

Su padre contaba que Clara no era hija biológica de ninguno de los dos.

Había llegado a la familia cuando tenía pocos meses, entregada temporalmente por una mujer cercana a ellos que atravesaba una situación difícil. Lo que debía durar unas semanas se prolongó durante años.

La niña creció llamándolos mamá y papá. Hasta que su madre biológica regresó. No hubo juicio. No hubo adopción. No había documentos que convirtieran a Clara legalmente en hija de la familia. Un día se la llevó. Y desapareció. La protagonista pasó a la segunda carta. Estaba fechada nueve años después de la primera. Su padre había intentado localizarla.

Había encontrado a la madre. No a Clara.

La tercera carta era posterior. La cuarta también. Durante años había seguido buscando.

—¿Por qué escribir cartas que nunca envió? —preguntó el contable.

—Mi padre hacía eso.

—¿Escribía para sí mismo?

—Escribía cuando no sabía cómo decir algo.

La última carta estaba fechada pocos meses antes de su muerte.

Era mucho más breve. "Creo que la encontré." Nada más. Debajo había un nombre y una dirección. La investigadora tomó una fotografía de la hoja con el teléfono.

—No reconozco el nombre —dijo la protagonista.

—Puede que ya no lo utilice.

—Han pasado más de veinte años.

—Precisamente.

La protagonista miró nuevamente la fotografía de la niña.

—¿Qué tiene esto que ver con la mujer que usa mi identidad?

Nadie contestó. Entonces recordó la frase del funeral.

"Después de la muerte de su hermana, nunca volvió a ser la misma." No era una mentira cualquiera. Alguien había introducido a Clara dentro de su biografía.

—La hermana —dijo.

La investigadora levantó la vista.

—¿Qué ocurre?

—No inventaron una hermana.

Tomó la fotografía y la colocó junto a la esquila.

—La devolvieron a mi historia.

El contable negó lentamente.

—Pero dijeron que había muerto.

—Porque necesitaban explicar por qué nadie podía conocerla.

La investigadora comprendió antes de que terminara.

—Una hermana fallecida puede existir en una biografía sin presentarse nunca.

—Exactamente.

—Y permite justificar fotografías, recuerdos, lugares compartidos...

—Y quizá una mujer que se parece a mí.

Los tres guardaron silencio. La protagonista miró la fotografía tomada frente a la notaría. Por primera vez dejó de ver a una desconocida intentando parecerse a ella. Intentó imaginar cómo sería Clara después de tantos años.

—¿Qué edad tendría?

Hizo el cálculo mental. Era mayor que ella. No demasiado.

La investigadora colocó ambas fotografías una junto a otra.

—No sabemos que sea la misma persona.

—No.

—Y no debemos decidirlo porque encaje.

—Lo sé.

—Mañana tendremos respuestas.

La protagonista guardó las cartas dentro de la caja.

—Mañana tendremos una casa.

—Es un comienzo.

Salieron de la iglesia poco después.

El féretro quedó abierto.

Nadie volvió a cerrarlo.

A las diez y cincuenta y cinco de la mañana siguiente, los tres estaban frente a la casa.

Había cambiado menos de lo que ella esperaba.

La fachada tenía otro color y las ventanas eran nuevas, pero reconoció el pequeño balcón del primer piso y la verja lateral que nunca cerraba correctamente.

La investigadora había comprobado durante la noche que la propiedad pertenecía a una sociedad creada apenas cuatro meses antes.

No había podido averiguar quién estaba detrás.

La protagonista sacó la llave.

—Si funciona, alguien cambió nuevamente la cerradura para que funcionara.

—O nunca la cambiaron —dijo el contable.

—En diecisiete años.

—La gente hace cosas más extrañas.

Ella introdujo la llave. Giró. La puerta se abrió. El interior estaba en silencio. No parecía una casa abandonada. Había flores frescas sobre una mesa. Un abrigo colgado junto a la entrada. Dos tazas limpias sobre la encimera de la cocina. Y una fotografía enmarcada sobre un mueble. La protagonista se acercó. Era ella. O parecía serlo. Estaba de pie junto a un hombre anciano. El mismo que había muerto nueve días antes. El hombre que le había dejado treinta y dos millones de euros. En la fotografía ambos sonreían. Ella nunca lo había visto en su vida.

—Esto ya no intenta convencer a los demás —dijo.

La investigadora observó la habitación.

—No.

—Esto estaba preparado para que lo viera yo.

Sobre la mesa había un sobre. No tenía nombre. Dentro encontraron una sola hoja. "Sube."

La escalera conducía al piso superior. La protagonista avanzó primero. La puerta de su antiguo dormitorio estaba abierta. Habían reconstruido la habitación. No como estaba ahora. Como había sido diecisiete años atrás. La misma disposición de los muebles. Cortinas casi idénticas. Libros que recordaba haber tenido. Incluso una lámpara parecida a la que había roto durante la mudanza. Sobre la cama había otra caja. Dentro encontró un álbum. Lo abrió. La primera fotografía mostraba a sus padres con Clara. La segunda, a Clara sola. La tercera había sido tomada muchos años después. Clara era ya una mujer. Pasó otra página.

Y entonces apareció el hombre del testamento. Estaba junto a Clara. La fecha escrita debajo tenía veinticuatro años.

Siguió pasando páginas. Clara y el hombre. Clara frente a aquella misma casa. Clara con su padre.

La protagonista se detuvo.

—Mi padre la encontró.

La investigadora se inclinó sobre el álbum.

—Parece que sí.

En la última página había una fotografía reciente. Dos mujeres aparecían de espaldas, caminando por una calle. Una era la protagonista. Reconoció el abrigo que llevaba. La otra caminaba unos metros detrás. Era la mujer de la notaría.

Debajo de la fotografía había una frase escrita a mano. "Ahora ya sabes que existo." La protagonista cerró el álbum.

—Clara.

Una voz respondió desde la puerta.

—Ese fue mi nombre durante dos años.

Los tres se volvieron. La mujer de la fotografía estaba allí. Sin gafas oscuras. Sin el cabello recogido. De cerca el parecido era menor. Pero había algo en los ojos, en la forma de mantener la cabeza ligeramente inclinada, que resultaba inquietantemente familiar. La protagonista se puso de pie.

—¿Quién eres?

La mujer la miró durante unos segundos.

—La persona a la que enterrasteis sin haber muerto.

LA MUJER QUE FALTABA

La frase quedó suspendida en la habitación. La protagonista no se movió.

—Yo no enterré a nadie.

—No personalmente.

—Ni siquiera sabía que existías.

—Lo sé.

Clara entró y cerró la puerta. La investigadora dio un paso hacia ella.

—Antes de continuar, necesito saber si usted organizó todo esto.

—Depende de qué llame todo esto.

—La apropiación de identidad. Los documentos. La herencia. Las cartas. La esquila.

—La casa y lo que has encontrado aquí, sí.

—¿Y lo demás?

Clara miró a la protagonista.

—Lo demás necesitaba tiempo.

—¿Ocho meses?

—Mucho más.

La protagonista sostuvo el álbum entre las manos.

—Empieza por el hombre de las fotografías.

—Se llamaba Ernesto. Fue mi marido.

Aquella respuesta no estaba entre las que esperaba.

—¿El hombre que me dejó su fortuna?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque se lo pedí.

—¿Le pediste que dejara treinta y dos millones de euros a una desconocida?

—No eras una desconocida.

—Para él sí.

Clara negó.

—Ernesto sabía quién eras antes que tú supieras quién era yo.

La protagonista dejó el álbum sobre la cama.

—¿Mi padre?

—Tu padre nos encontró hace veinticuatro años.

—¿Nos?

—A mi madre y a mí. Yo ya era adulta. Al principio no quise verlo. Después acepté.

—¿Y nunca pensó en decirme que existías?

—Quiso hacerlo.

—No lo hizo.

—Porque yo se lo pedí.

La respuesta la desarmó durante un instante.

—¿Por qué?

Clara se acercó a la ventana.

—Porque para ti yo no había existido. Para ellos, en cambio, había sido una hija durante dos años. Cuando mi madre regresó, me llevó de un día para otro. No hubo despedidas. No hubo visitas. Nada. Tus padres pasaron años buscándome.

—Eso lo sé ahora.

—Yo también lo supe tarde. Mi madre me contó una historia distinta. Según ella, aquella familia había sido únicamente un lugar donde me cuidaron durante un tiempo.

—¿Y cuándo supiste la verdad?

—Cuando apareció tu padre.

Clara miró la fotografía de la madre sosteniendo a la niña.

—Recordaba cosas. Una cocina. Una canción. Un jardín. Un hombre que me levantaba para alcanzar las ramas de un árbol. Durante años pensé que eran recuerdos inventados.

La protagonista bajó la mirada hacia las cartas.

—¿Por qué no quisiste conocerme?

—Porque tú llegaste después.

—Eso no responde.

—Para mí sí.

Clara tardó unos segundos en continuar.

—Yo había pasado años intentando comprender por qué había desaparecido de aquella familia. Cuando tu padre me

encontró, descubrí que después de perderme habían tenido otra hija. Tú. No hiciste nada, pero ocupabas el lugar que yo había perdido.

—Yo ni siquiera había nacido.

—Lo sé ahora. Entonces no quería saberlo.

No había reproche en su voz. Solo una sinceridad incómoda.

—¿Y ahora sí?

—Ahora necesitaba que supieras que existí.

La investigadora intervino.

—Para eso no hacía falta crear una identidad falsa.

Clara la miró.

—No creé una identidad falsa.

—Tenemos documentos firmados con su nombre.

—¿Qué documentos?

—El testamento.

—Yo no firmé el testamento con su nombre.

La investigadora abrió la carpeta que llevaba consigo y sacó una copia.

—Estuvo en la notaría.

—Sí.

—Utilizó su identidad.

—No.

Clara tomó el documento.

—Miren la firma.

La protagonista se acercó.

Debajo del texto aparecía un nombre que no era el suyo.

Era el de Clara.

—Entonces ¿por qué nos dijeron que habías firmado como yo?

—Porque alguien quería que lo creyeran.

La investigadora leyó rápidamente las páginas.

Su expresión cambió.

—Esta no es la copia que recibimos.

—Lo imaginaba.

—¿Quién les envió la otra? —preguntó la protagonista.

La investigadora no respondió inmediatamente.

Clara sí.

—La misma persona que los contrató.

La protagonista volvió hacia ella.

—¿Sabes quién es?

—Sí.

—Dímelo.

—Ernesto.

La habitación quedó en silencio.

—Ernesto murió hace nueve días.

—Sí.

—La investigación empezó hace ocho meses.

—También.

La investigadora cerró lentamente la carpeta.

—Él nos contrató.

—A través de intermediarios —dijo Clara—. No quería que supieran quién era hasta el final.

—¿Por qué?

Clara miró a la protagonista.

—Porque quería comprobar algo.

—¿Qué?

—Si era posible borrar a una persona sin hacerla desaparecer.

Nadie habló.

Clara señaló las cajas, las fotografías y las cartas.

—Ernesto pasó gran parte de su vida trabajando con archivos, herencias y patrimonios familiares. Sabía hasta qué punto una biografía depende de papeles, testimonios y registros. Cuando enfermó, empezó a ordenar su patrimonio. Entonces encontró algo que mi madre había guardado durante décadas.

—¿Qué cosa?

—Dos certificados.

Clara abrió un cajón de la cómoda y sacó una carpeta pequeña.

Dentro había dos documentos amarillentos.

—Uno decía que yo había nacido.

Colocó el primero sobre la cama.

—El otro decía que había muerto a los dos años.

La protagonista sintió un escalofrío.

—Pero estabas viva.

—Exactamente.

—¿Quién hizo eso?

—Mi madre.

—¿Por qué?

—Para impedir que tus padres pudieran encontrarme.

La investigadora examinó los documentos.

—Esto explica la frase.

La protagonista recordó inmediatamente la carta de su padre.

"Si alguna vez alguien viene a buscarte utilizando nuestro apellido, no le creas cuando diga que no tienes una hermana."

—Mi padre descubrió el certificado falso.

—Muchos años después —dijo Clara—. Y comprendió que, sobre el papel, yo había muerto.

La protagonista miró hacia la puerta.

De pronto, su propio funeral adquiriría otro significado.

—Ernesto hizo conmigo lo mismo.

—No exactamente.

—Me declaró muerta.

—Construyó la posibilidad de que lo estuvieras.

—¿Para enseñarme una lección?

—Para dejarte una prueba.

—Treinta y dos millones de euros me parecen una prueba bastante cara.

Clara sonrió por primera vez.

—Los treinta y dos millones nunca fueron para ti.

—Eso ya empieza a parecerme más razonable.

—Tampoco son para mí.

La protagonista frunció el ceño.

—Entonces ¿para quién?

Clara tomó otra hoja.

—Ernesto creó una fundación.

—¿Qué clase de fundación?

—Una dedicada a localizar personas cuya identidad documental haya sido alterada, suprimida o utilizada por terceros.

La investigadora levantó la mirada.

—¿Y por qué ella figura como heredera?

—Porque necesitaba que alguien pudiera impugnar el testamento.

—Yo.

—Sí.

—¿Para qué?

—Para obligar a abrir todos los archivos.

La protagonista empezó a comprender.

—Si acepto la herencia...

—El patrimonio pasa provisionalmente por ti.

—Y si la rechazo...

—Pasa directamente a la fundación.

—Entonces basta con que la rechace.

—No.

Clara negó.

—Primero tienes que demostrar que eres tú.

La protagonista soltó una risa breve.

—Después de todo lo que han hecho para demostrar que quizá no lo soy.

—Ese era el punto.

La investigadora caminó hacia la ventana.

—Ernesto nos utilizó.

—Sí.

—Nos hizo investigar una sustitución de identidad que él mismo había provocado como señuelo.

—Sí.

—Y nos proporcionó pruebas falsas mezcladas con verdaderas.

—Sí.

La investigadora respiró profundamente.

—Empiezo a sentir cierta antipatía por un hombre al que no puedo reclamarle explicaciones.

—Yo estuve casada con él treinta años —respondió Clara—. Puedo comprenderla.

La protagonista miró a Clara.

—Todavía falta algo.

—Mucho.

—No. Falta una cosa concreta.

Tomó la esquila de su bolso.

—Si Ernesto preparó todo esto antes de morir y ustedes organizaron el funeral para comprobar hasta dónde llegaba la identidad falsa, ¿por qué tú necesitabas asegurarte de que yo viniera?

Clara dejó de sonreír.

—Porque el funeral no era la última prueba.

—¿Cuál era?

Clara miró el reloj. Eran las once y veintisiete.

—A las doce —dijo—, una mujer se presentará en un banco de Ginebra con tu pasaporte.

La protagonista quedó inmóvil.

—¿Qué mujer?

Clara tomó su abrigo.

—No lo sé. Ernesto dejó escrito que, si la trampa funcionaba, alguien intentaría abrir esa caja hoy a las doce. Esa es la única persona de esta historia que todavía no conocemos.

LA ÚLTIMA MUJER

—¿Ginebra?

—Sí.

—Estamos a cientos de kilómetros.

—Por eso tenemos poco tiempo.

La investigadora ya estaba llamando por teléfono.

—¿Qué banco?

Clara le dio el nombre.

—¿Qué pretende hacer?

—Abrir una caja de seguridad.

—¿A mi nombre?

—A nombre de Ernesto. Pero tú figuras como persona autorizada después de su muerte.

La protagonista cerró los ojos durante un instante.

—Naturalmente.

—El banco recibió ayer la notificación del fallecimiento.

—¿Y aceptará que una desconocida aparezca con mi pasaporte?

—Si el pasaporte es auténtico, sí.

La protagonista abrió los ojos.

—Mi pasaporte está en casa.

—Compruébalo.

—No necesito comprobarlo.

—Hazlo.

Sacó el teléfono y llamó a una vecina que tenía llaves de su casa. La conversación duró menos de tres minutos.

El pasaporte no estaba.

—¿Cuándo viste ese documento por última vez? —preguntó la investigadora.

—Hace dos meses. Lo guardé en el cajón de siempre.

—¿Alguna señal de que hayan entrado en tu casa?

—Ninguna.

Clara tomó las llaves del coche.

—Tenemos treinta minutos.

—No llegaremos a Ginebra en treinta minutos.

—Nosotras no.

La investigadora seguía al teléfono.

—El banco está avisado.

—Entonces se acabó.

—No. Una persona que ha conseguido un pasaporte auténtico conoce la existencia de una caja privada y sabe exactamente cuándo puede acceder a ella no va a desaparecer porque cerremos una puerta.

—¿Qué hay en la caja?

Clara se quedó quieta.

—No lo sé.

La protagonista la miró.

—Has estado casada treinta años con un hombre que preparó su muerte como si fuera una obra de teatro y ¿no sabes qué dejó en una caja?

—Con Ernesto uno aprendía a no confundir matrimonio con acceso ilimitado a sus cajones.

La protagonista estuvo a punto de sonreír.

—Empieza a caerme bien.

—A veces era insoportable.

—Me cae mejor todavía.

La investigadora terminó la llamada.

—La mujer ya está dentro del banco.

El humor desapareció.

—¿La han detenido?

—No.

—¿Por qué?

—Porque presentó un pasaporte válido a tu nombre y superó la comprobación de identidad.

—Eso es imposible.

—Esta mañana ya hemos utilizado demasiado esa palabra.

La protagonista caminó hacia la puerta.

—Quiero verla.

—Podemos pedir una videollamada.

Minutos después, el teléfono de la investigadora recibió una conexión desde el banco.

En la pantalla apareció un despacho.

Un empleado estaba sentado frente a una mujer.

La protagonista acercó el rostro.

No se parecía a ella.

Ni siquiera vagamente.

Era más joven. Cabello claro. Rostro estrecho.

—Esa mujer no puede hacerse pasar por mí.

—No ante alguien que te conozca —dijo Clara.

El empleado pidió a la mujer que esperara y salió del despacho.

La cámara permaneció conectada. La desconocida miró directamente hacia ella. Después sonrió.

—Sabe que la estamos viendo —dijo la protagonista.

La investigadora no respondió. La mujer abrió el bolso. Sacó un sobre y lo dejó sobre la mesa.

Después levantó ambas manos, lentamente, mostrando que no llevaba nada más.

El empleado regresó acompañado por dos agentes.

No hubo resistencia. La mujer se puso de pie. Antes de salir, miró otra vez hacia la cámara. Y señaló el sobre.

—Quieren que lo abramos —dijo Clara.

—Estoy empezando a cansarme de que todo el mundo sepa lo que tenemos que hacer antes que nosotros.

El empleado abrió el sobre siguiendo las instrucciones de la policía.

Dentro había una fotografía y una hoja. Acercó primero la fotografía a la cámara. Mostraba a Ernesto. Mucho más joven. Junto a él estaba el padre de la protagonista. Y entre ambos, una mujer. Clara se acercó a la pantalla.

—Mi madre.

La hoja contenía apenas unas líneas. El empleado las leyó.

—Está dirigida a las dos hermanas.

La protagonista miró a Clara. Ninguna corrigió la palabra.

—Que continúe.

El hombre leyó en voz alta.

"Si habéis llegado hasta aquí, significa que las dos habéis cometido el mismo error: creer que una identidad pertenece a quien figura en los documentos.

Clara murió en un papel y siguió viviendo. Tú seguiste viviendo y durante unas horas has muerto en un papel.

Las dos cosas fueron posibles porque demasiadas personas confiaron más en un documento que en una persona. Pero todavía falta saber quién convirtió esta historia en un negocio."

El empleado dejó de leer.

—Hay una segunda hoja.

—Continúe.

"Buscad a quien certificó la muerte de Clara."

Clara palideció.

—Eso fue hace más de cincuenta años.

—¿Sabes quién fue? —preguntó la protagonista.

—No.

La investigadora ya estaba trabajando con el teléfono.

—Yo puedo averiguarlo.

No tardó mucho. El certificado antiguo estaba firmado por un médico fallecido hacía décadas. Pero el documento había sido inscrito por otra persona. Un empleado del registro. Su nombre apareció en la pantalla. Clara se sentó.

—Lo conozco.

—¿Quién es?

—El padre de Ernesto.

La protagonista miró otra vez la fotografía. Ernesto junto a su padre. Ernesto junto a la madre de Clara. Treinta y dos millones. Una fundación. Un funeral.

—Entonces Ernesto sabía desde el principio quién había hecho desaparecer a Clara.

—Sí.

—¿Su propio padre?

Clara asintió.

—Parece que sí.

La investigadora pidió al banco que guardara todo el contenido de la caja hasta que llegara la policía.

—Ahora entiendo la fundación —dijo.

Clara no respondió. La protagonista sí.

—No era filantropía.

—No solamente.

—Era reparación.

Clara miró la fotografía de su madre.

—Ernesto pasó su vida intentando corregir algo que había hecho su padre.

—¿Y tú lo sabías?

—Sabía que su padre había ayudado a mi madre a desaparecer. No sabía que había falsificado mi muerte.

La protagonista señaló la pantalla.

—¿Y esa mujer?

La investigadora recibió una respuesta por el auricular.

Esperó. Después levantó la vista.

—No trabaja para Ernesto.

—¿Entonces para quién?

—Para nadie.

—Eso no existe en esta historia.

—Dice que recibió cinco mil euros por presentarse en el banco con el pasaporte y entregar el sobre si alguien intentaba detenerla.

—¿Quién le pagó?

—No lo sabe. Todo se hizo a través de intermediarios.

La protagonista suspiró.

—Otra vez.

—Pero tenemos algo nuevo. El pasaporte.

—¿Qué ocurre con él?

—Es auténtico.

—Ya lo sabemos.

—No. Quiero decir que fue expedido legalmente.

La protagonista la miró.

—¿A quién?

La investigadora tardó unos segundos en responder.

—A ti.

—Yo no lo solicité.

—Alguien lo hizo.

—¿Cuándo?

—Hace siete meses.

Clara se levantó.

—Después de la muerte de Ernesto ya estaba todo preparado.

—Ernesto murió hace nueve días.

—Me refiero a cuando supo que iba a morir.

La protagonista caminó hasta la ventana. Abajo, la calle parecía completamente normal. Personas caminando. Un

coche estacionando. Alguien empujando un carrito de compras.

Y allí arriba, tres mujeres intentaban decidir cuántas versiones de una misma persona podían existir antes de que la realidad dejara de importar.

—Quiero hacer una pregunta —dijo.

Las otras dos la miraron.

—¿Quién solicitó mi pasaporte?

La investigadora consultó los datos que acababa de recibir. Su expresión cambió.

—¿Qué ocurre?

—La solicitud fue presencial.

—Entonces habrá una firma.

—Sí.

—Una fotografía.

—Sí.

—¿Y?

La investigadora giró la pantalla. La fotografía mostraba a la protagonista. No a Clara. Tampoco a la mujer del banco.

A ella.

La protagonista tomó el teléfono.

—Nunca estuve allí.

—Eso dices tú.

—¿Perdón?

—No estoy dudando de ti. Estoy señalando el problema.

La protagonista miró la fotografía. Era su rostro. Su cabello. Su edad. Incluso llevaba unos pendientes que reconocía.

—Es una fotografía mía.

—Sí.

—Pero no fue tomada para un pasaporte.

—No.

Clara se acercó.

—¿De dónde salió?

La protagonista amplió la imagen.

Entonces lo recordó.

—De una fotografía que envié hace un año para renovar una tarjeta profesional.

La investigadora asintió lentamente.

—Ya tenemos el método.

—¿Y la firma?

—Copiada.

—¿Las huellas?

—No fueron necesarias para ese trámite.

La protagonista devolvió el teléfono.

—Entonces no había una mujer convirtiéndose en mí.

—No —dijo la investigadora.

—Había documentos convirtiéndose en mí.

Clara sonrió con tristeza.

—Bienvenida a mi historia.

La protagonista miró a aquella mujer que hasta el día anterior no había existido para ella. Por primera vez comprendió lo que su padre había intentado decir treinta y ocho años atrás. No le estaba advirtiéndole sobre una hermana. Le estaba advirtiéndole sobre una ausencia. Una persona podía desaparecer mucho antes de morir.

Bastaba con que suficientes papeles afirmaran que nunca había estado allí.

LA PRUEBA

La investigadora guardó el teléfono.

—Ya sabemos cómo fabricaron la identidad. Ahora falta saber quién utilizó el método.

—Ernesto —dijo Clara.

—Ernesto diseñó la prueba. Pero alguien robó un pasaporte auténtico de una casa a la que, según sabemos, él nunca tuvo acceso. Alguien solicitó otro utilizando una fotografía legítima. Alguien conocía nuestros movimientos y envió las esquelas antes que nosotros.

La protagonista la miró.

—Y alguien sigue vivo.

—Exactamente.

Clara se acercó a la caja que había sobre la cama y comenzó a revisar las cartas.

—Ernesto tuvo que dejar alguna explicación.

—Quizá no quería explicar nada —dijo la protagonista—. Quizá quería que llegáramos hasta aquí.

—¿Para qué?

—Para encontrar a alguien.

La investigadora asintió.

—El fraude no era el experimento. Era el anzuelo.

—¿Y nosotras?

—También.

Clara dejó las cartas.

—Hay algo que no les he contado.

La protagonista soltó una breve risa.

—Magnífico. Empezaba a echarlo de menos.

—Tres días antes de morir, Ernesto me pidió que firmara una autorización.

—¿Para qué?

—Para que, después de su muerte, pudieran utilizar determinados documentos de nuestra historia familiar en una investigación privada.

—¿Le preguntaste por qué?

—Sí.

—¿Y?

—Me dijo que había encontrado a la persona que llevaba años vendiendo identidades.

La investigadora se quedó inmóvil.

—Eso cambia todo.

—¿Qué identidades?

—Personas muertas. Personas desaparecidas. Personas mayores sin familia. Historias que podían modificarse sin que nadie hiciera demasiadas preguntas.

La protagonista recordó la ceremonia. Verdades mezcladas con mentiras. Personas convencidas de recuerdos que no tenían. Documentos capaces de convertir una ausencia en una biografía.

—¿Para qué se venden?

—Para esconder patrimonio, abrir sociedades, recibir herencias, mover dinero, empezar otra vida. Depende del comprador.

—¿Y mi identidad?

—Era perfecta para tender una trampa.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Me tranquiliza.

Clara continuó.

—Ernesto necesitaba una persona viva, localizable y con una historia suficientemente larga para que cualquier modificación dejara huellas. Y necesitaba que el responsable creyera que podía apropiarse de esa identidad sin consecuencias.

—Por eso los treinta y dos millones.

—Sí. Una fortuna vinculada a tu nombre era demasiado tentadora.

La investigadora comenzó a comprender.

—Quien estuviera detrás intentaría intervenir.

—Y lo hizo —dijo Clara—. Robó el pasaporte, solicitó otro, modificó documentación y preparó una sustituta para el banco.

—La mujer que detuvieron.

—Una pieza desechable.

La protagonista miró la fotografía de Ernesto.

—Entonces él sabía que alguien mordería el anzuelo.

—Sí.

—¿Y sabía quién?

Clara abrió la última carta.

—Creo que sí.

Dentro no había una carta. Había una tarjeta de visita. La investigadora la tomó. El nombre pertenecía a una empresa de gestión documental. Debajo figuraba una dirección.

—¿La conoces?

Clara negó.

La protagonista sí.

—Ellos vaciaron mi casa.

Las dos mujeres la miraron.

—¿La casa de hace diecisiete años?

—Sí. La empresa tenía otro nombre entonces, pero recuerdo el logotipo.

La investigadora fotografió la tarjeta.

—Ahí consiguieron las cartas, las fotografías, la llave y probablemente suficiente información para reconstruir una parte de tu vida.

—Durante diecisiete años.

—Quizá no hicieron nada con ella durante mucho tiempo.

—Hasta que apareció Ernesto.

Clara se sentó.

—Él debió encontrar la conexión cuando investigaba lo que había ocurrido conmigo.

La investigadora ya estaba consultando registros.

—La empresa sigue activa.

—¿Quién es el propietario?

—Un momento.

Esperaron.

La protagonista volvió a mirar por la ventana.

Le parecía imposible que aquella mañana hubiera comenzado con una simple llave en la mano.

—Aquí está.

La investigadora leyó el nombre.

Clara palideció.

—¿Lo conoces?

—Sí.

—¿Quién es?

Clara tardó en responder.

—El hijo del hombre que falsificó mi muerte. La protagonista se volvió lentamente.

—¿El hermano de Ernesto?

—Sí.

La habitación quedó en silencio.

—Entonces los dos hermanos sabían lo que había hecho su padre.

—Probablemente.

—Uno intentó repararlo.

La investigadora terminó la frase.

—Y el otro convirtió el método en un negocio.

Clara cerró los ojos.

—Ernesto nunca me habló de él.

—Quizá porque no tenía pruebas.

—O porque se avergonzaba.

La protagonista tomó la tarjeta.

—¿Dónde está esta empresa?

—A menos de una hora.

—Vamos.

La investigadora negó.

—No.

—Otra vez no.

—Esta vez hay una diferencia. Ya sabemos que no estamos ante una representación preparada por Ernesto. Estamos ante una persona que ha cometido delitos durante años y sabe que estamos siguiendo su rastro.

—Entonces llamemos a la policía.

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué hacemos mientras?

—Nada.

La protagonista la miró.

—Esa palabra no se me da especialmente bien.

—Lo había notado.

Clara sonrió.

—A mí tampoco.

La investigadora observó a ambas.

—Ahora entiendo por qué Ernesto eligió esta familia.

Esperaron. Una hora después, la policía entró en las oficinas de la empresa. No encontraron al propietario. Había desaparecido aquella misma mañana. Pero dejó algo. No por descuido. Sobre su escritorio había un sobre dirigido a la protagonista. Esta vez nadie tuvo que explicarle que no debía tocarlo. La policía lo abrió. Dentro había una copia de la esquela. Y una frase.

"Una persona muere cuando nadie puede demostrar quién fue."

Debajo había una dirección de correo electrónico y una contraseña. La policía accedió desde un equipo aislado. Encontraron un archivo. Después otro. Y otro. Cientos. Cada carpeta llevaba un nombre.

Algunas correspondían a personas fallecidas. Otras, a personas vivas. Había fotografías, certificados, firmas, domicilios, familiares, historiales profesionales, propiedades. Vidas enteras clasificadas.

La investigadora dejó de contar después de doscientas.

Clara buscó su nombre. No estaba. La protagonista buscó el suyo. Sí. Abrió la carpeta. Había documentos antiguos, fotografías, cartas, copias de identificaciones y una cronología. Al final aparecía una anotación reciente.

"Operación cancelada. Sujeto advertido."

—Nos estaba observando —dijo Clara.

—Desde antes del funeral.

La investigadora señaló la fecha. La anotación había sido realizada a las nueve y diecisiete de la mañana del día anterior. Cinco minutos después de que la protagonista hubiera abierto la esquila.

—¿Cómo sabía que la había recibido?

La respuesta estaba en el siguiente archivo.

Una fotografía. Ella aparecía en la cocina de su casa, junto a la ventana, sosteniendo la tarjeta marfil. La imagen había sido tomada desde el exterior. La protagonista permaneció mirándola durante varios segundos. Después cerró el archivo.

—Ahora sí quiero que lo encuentren.

La policía ya lo estaba buscando. No tardaron mucho. El hombre no había huido del país. Ni siquiera había abandonado la ciudad.

Lo encontraron aquella tarde en una residencia privada, sentado junto a una ventana, con una maleta preparada. Tenía setenta y ocho años. No opuso resistencia.

Cuando le preguntaron por qué había dejado los archivos, respondió que ya no importaban.

Cuando le preguntaron por las identidades, pidió un abogado.

Y cuando le preguntaron por la mujer cuyo funeral había utilizado para atraerla, hizo una sola pregunta:

—¿Entró en la iglesia?

La investigadora transmitió la respuesta.

La protagonista pidió hablar con él. No se lo permitieron. Pero aceptaron hacerle llegar una pregunta.

Ella la escribió en una hoja.

"¿Por qué yo?"

La respuesta llegó una hora después. Solo cuatro palabras.

"Porque usted podía volver."

La protagonista leyó la frase sin comprender.

Clara sí.

—Yo no pude.

Se miraron.

Clara había muerto oficialmente siendo una niña. Durante décadas no había existido para quienes la buscaron. Recuperar su historia había requerido cartas escondidas, fotografías, investigaciones y la obstinación de dos hombres durante media vida.

La protagonista, en cambio, había podido entrar caminando en su propio funeral.

Había podido sentarse al fondo. Escuchar. Esperar. Y finalmente levantarse.

—Ese era el experimento de Ernesto —dijo.

La investigadora asintió.

—Demostrar la diferencia entre estar muerto y haber sido borrado.

La protagonista miró a Clara.

—Entonces falta corregir una cosa.

—¿Cuál?

—Tu certificado de defunción.

Clara sonrió.

—Eso puede llevar tiempo.

—Tenemos treinta y dos millones.

—No son nuestros.

—Todavía figuran a mi nombre.

—No empieces.

—Solo digo que, por una vez, quizá los papeles puedan trabajar para nosotras.

Clara soltó una carcajada. Fue la primera que compartieron.

Afuera comenzaba a oscurecer. La protagonista pensó en la iglesia, en las flores blancas y en aquel féretro vacío donde había encontrado una parte de su familia que llevaba décadas enterrada sin cuerpo.

Su funeral había terminado.

El de Clara, después de más de medio siglo, acababa de ser anulado.

EPÍLOGO

Seis meses después, la protagonista recibió una carta.

Esta vez tenía remitente.

La dejó sobre la mesa mientras preparaba café. Había adquirido cierta desconfianza hacia los sobres desde aquella mañana en que el correo le había comunicado su propia muerte.

Clara estaba sentada frente a ella.

Durante aquellos meses habían aprendido a conocerse sin intentar recuperar un pasado que nunca habían compartido. No eran las niñas de una fotografía familiar ni las hermanas que otros habían imaginado. Eran dos mujeres adultas, con vidas distintas, que habían decidido averiguar qué podían llegar a ser la una para la otra.

La fundación de Ernesto ya funcionaba.

Los treinta y dos millones habían pasado íntegramente a ella después de que la protagonista renunciara formalmente a la herencia.

El archivo encontrado en la empresa había permitido identificar decenas de casos. Algunos eran fraudes. Otros escondían historias mucho más difíciles de reparar: personas cuya existencia había sido alterada por decisiones familiares, errores administrativos o documentos falsificados muchos años atrás.

Clara había sido el caso más antiguo.

Y aquella mañana esperaba una resolución.

—Ábrela —dijo la protagonista.

—Es mi carta.

—Precisamente.

—Podría ser una factura.

—Entonces te acompaño en el dolor.

Clara abrió el sobre.

Leyó en silencio.

No cambió de expresión inmediatamente.

Después dejó el papel sobre la mesa.

—¿Y?

Clara la miró.

—Estoy viva.

La protagonista sonrió.

El certificado de defunción había sido anulado.

Después de más de medio siglo, un registro oficial acababa de reconocer algo que para cualquiera que la tuviera delante resultaba evidente.

Clara existía.

—Bien —dijo la protagonista—. Ahora intenta no morirte otra vez. Los trámites son insoportables.

Clara rio.

Sobre una estantería cercana descansaba la fotografía de las dos cuando todavía no podían conocerse: una niña que había desaparecido de una familia y otra que aún no había nacido.

Junto a ella habían colocado la esquila.

No la del funeral organizado por los investigadores.

La primera. La que alguien había enviado para asegurarse de que la protagonista entrara en aquella iglesia.

Nunca habían descubierto quién la había depositado en el correo aquella mañana.

La policía consideraba probable que la hubiera enviado el hermano de Ernesto para asegurarse de que entrara en la iglesia. Nunca pudieron demostrarlo, y Clara tampoco estaba convencida.

La protagonista había dejado de preguntárselo. Algunas respuestas servían para cerrar una historia. Otras solo abrían otra.

Terminó el café y miró el reloj.

—Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—A un funeral.

Clara dejó la taza lentamente.

—No tiene gracia.

—Esta vez el muerto está muerto. Lo he comprobado.

—Contigo nunca se sabe.

Salieron juntas.

Antes de cerrar la puerta, la protagonista miró por última vez la esbela sobre la estantería.

Había asistido a su propio funeral y descubierto que seguía viva.

Clara había vivido durante más de cincuenta años mientras un documento afirmaba que estaba muerta.

Quizá Ernesto había tenido razón en una sola cosa.

La identidad no estaba en un pasaporte, una firma ni un certificado. Estaba en la memoria de quienes podían decir: yo sé quién eres.

Cerró la puerta.

Esta vez, ninguna de las dos necesitaba un papel que demostrara que había existido.